

“su cuerpo á los tormentos, por no renunciar á la reli-
“gion que profesaban. Ve, pues, y tráenos reliquias
“de algunos de estos santos atletas, á fin de que poda-
“mos honrar su memoria, y ser salvos por su inter-
“cesion.”

Bonifacio se dispone inmediatamente á obedecer; to-
ma sumas considerables para rescatar de los verdugos
los cuerpos de los mártires, lo mismo que para socor-
rer á los pobres; y estando ya á punto de partir, dice á
Aglæ: “Si puedo procurarme reliquias, no dejaré de
“traerlas. Pero si os traen mi cuerpo por el de un
mártir, ¿le recibireis?” Aglæ miró estas palabras como
una chanza, y reprendió al que las habia proferido.
Mas Bonifacio cumplió su palabra padeciendo un glo-
rioso martirio.—*Actas verídicas de San Bonifacio publi-
cadas por Henschenio, Fleuri, &c.*

Octava LII.

Ingrata patria no tendrás mis huesos.

(10) Alusion al célebre autor de los Mártires, que
hallándose perseguido y fuera de su patria cuando es-
cribió esta obra, podía echarla en cara su ingratitud y
amenazarla con que no poseeria sus huesos. Chateau-
briand volvió á su patria, pero su traductor aun está
fuera de la suya.

Octava LXXV.

Y conozco que son las catacumbas.

(11) La catacumbas de San Sebastian, llamadas
así por haber sido este santo enterrado en ellas.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Continuacion de la historia de Eudoro.—Marcha del
ejército romano á Batavia.—Se encuentra con el de
los Francos.—Campo de batalla.—Orden y enumera-
cion del ejército romano, y del de los Francos.—Fa-
ramundo, Clodion, Meroveo.—Trábase la pelea.—Aa-
que de los Galos contra los Francos.—Combate de
caballería.—Desafío entre el gefe de los Galos y Me-
roveo, hijo del rey de los Francos, en que sale éste
victorioso.—Los Romanos principian á flaquear.—
La legion cristiana entra en combate y restablece
la batalla.—Confusion.—Los Francos se retiran á su
atrincheramiento.—Alcanza Eudoro la corona cívica y
Constancio le nombra gefe de los Cretenses.—Re-
nuévase el combate al rayar el dia.—Atacan los Ro-
manos las trincheras de los Francos.—Se levantan
las olas.—Huyen de ellas los Romanos.—Eudoro cae
herido despues de haber combatido mucho tiempo.
—Es socorrido por un esclavo de los Francos, y lle-
vado por él á una caverna.—Es hecho esclavo de Fa-
ramundo.—Historia de Zacarías.—Clotilde, muger
de Faramundo.—Principio del cristianismo entre
los Francos.—Eudoro alcanza su libertad.—Es en-
viado á proponer la paz á los Romanos.—Acompá-
ñale Zacarías hasta las fronteras de las Gaulas.—Su
de spedida.

CANTO V.

I.

“Al norte de las Gaulas, donde el Reno
En dos brazos separa su corriente,
En inculto pais, de lagos lleno,
Habita el Franco (1) indómito y valiente,
Que de Roma hasta aquí sacudió el freno
Bravéando su poder. Al occidente
Avecina con la húmeda Batavia,
Al norte con la fria Escandinavia.

II.

“En tiempo de Gordiano el piadoso
Este pueblo feroz por vez primera
Se dejó ver del Galo temeroso.
Allí uno y otro Decio pereciera;
Y Probo alcanzó el título glorioso
De *Fránquico* por solo que obtuviera
Encerrarle en sus límites primeros
Con guerra sanguinosa y golpes fieros.

III.

“Mas ahora con nuevo ardor y rabia,
De sus tribus juntando el poderío,
Rompiera por la parte de Batavia
Donde va á desaguar el Reno frio.
Constancio con prudencia y arte sabía
Dejó desahogar su ardiente brio:
Luego juntas las tropas de su mando,
A darles la batalla va marchando.

IV.

“Despues de algunos dias de camino
Entramos en el suelo cenagoso
De Batavia que inunda de continuo
El flujo del océano espumoso.
Las espesas florestas de sapino
Y los brazos del Reno caudaloso
Que era preciso atravesar por vados,
Nos hicieron perder muchos soldados.

V.

“Cansado de marchar el dia, apenas
Unas horas la noche reposaba
Para empezar de nuevo otras faenas.
No obstante, en este plazo me olvidaba
De cansancio, fatiga y demas penas;
Y á la primera luz, cuando escuchaba
El toque de Diana, alborozado,
Percibia un placer inesperado.

VI.

“No os diré la especie de alegría
Que encierra en sí la vida del soldado.
Jamás sentí el clarín que retenía
Por los valles con son descompasado
Y el eco de los montes repetía,
Del relincho primero acompañado
Con que el corcel saluda al sol radioso,
Sin llenarme de un gozo belicoso.

VII.

“Nuestra rápida marcha sorprendiera
A los Francos que estaban descuidados.
Mas luego que su gente se reúnera
Al mando de sus gefes mas nombrados,
Salen á nuestro encuentro en la ribera
Del mar. Toda la noche de ambos lados
Se pasó en ordenarse y disponerse,
Para el rayar del alba acometerse.

VIII.

“En nuestra primer línea aparecían
Los fuertes Vexilares, distinguidos
Por la piel de leon con que cubrían
La cabeza y espaldas, divididos
Por cohortes: en pos de ellos se seguían
Los Hastatos valientes y aguerridos,
Los Príncipes armados con espadas,
Y los Triacos con picas aguzadas (2).

IX.

“El centro del ejército ocupaban
Las legiones de Hierro y Fulminante,
Que en sus lanzas de acero presentaban
Un muro impenetrable de diamante.
Entre ellas por intervalos estaban
Las máquinas de guerra, rutilante
Catapulta, el ariete, la balista,
Cuyos tiros no hay fuerza que resista.

X.

“En el costado izquierdo se estendía
La tropa de aliados y auxiliares
Compuesta de veloz caballería.
De lijeros (3) corceles los hijares
Apretaba y con gracia se mecía
El Tartesio cubierto de alamares,
Numánticos y Lusos aguerridos,
Por el jóven Viriato conducidos.

XI.

“Como una torre fuerte y elevada
Se veían acá y allá mezclados
Los Germanos de talla agigantada,
En caballos indómitos montados,
Y una maza en las manos barreada.
Detrás algunos Númidas armados
Del arco y de la clámide vestidos
Tiritaban de frio poseidos (4).

XII.

“En la otra ala brillaba el arrogante
Escuadron del Romano caballero,
Con el casco de plata deslumbrante,
Coraza de templado y fino acero
Con esmaltes dorados, la tajante
Espada fabricada del Ibero,
Caballo generoso y adiestrado
De brillantes jaeces adornado.

XIII.

“Al frente del ejército esparcidos
Se veían los Vélites y Arqueros
Con los Galos veloces y atrevidos.
El instinto de guerra en los postreros
Les es tan natural que, confundidos
En el choque son siempre los primeros
A ordenarse buscando sus señales,
Y los soldados se hacen generales.

XIV.

“Por fin, como se ve nube sombría
En la falda de un monte recostada,
El cuerpo de reserva componía
La *Púdica* legion, toda formada
De cristianos. Constancio la tenía
En vez de la Tebea, degollada
Por Maximiano. Victor de Marsella
Comandaba esta legion valiente y bella,

XV.

“Pero todo aquel órden admirable
Que en el romano ejército brillaba,
Solo era para hacer mas espantable
La sencillez salvaje que reinaba
En las huestes del Franco formidable
Que vestido de pieles semejaba
A un rebaño feroz de hambrientas fieras
Tendido por los valles y praderas,

XVI.

“La vista de estos bárbaros parece
Al azul de la mar tempestuosa
Que en medio de la noche resplandece,
Al brillo del relámpago, espumosa.
La blonda cabellera que les erece,
Descendiendo hasta el pecho sortijosa,
Teñida de un licor rojo, brillante,
Es á la sangre y fuego semejante.

XVII.

“Parte de ellos su diestra mano carga
Con la frámea (5), por mango un medio roble,
Y en la izquierda la oval, ingente adarga;
Parte lleva el angon de garfio doble;
Mas todos ademas ciñen la larga
Francisca, de dos cortes, arma noble,
Que con grito de muerte arroja el Franco,
Y rara vez ó nunca yerra el blanco.

XVIII.

“Siguiendo su manera de batalla
Los bárbaros el cúneo (6) habían dispuesto,
La tropa mas valiente y de mas talla,
Haciendo punta, con airado gesto,
La barba á propio intento sin cuidalla,
Y un anillo de hierro al brazo puesto,
Signos de esclavo que llevar juraban,
Hasta que algun Romano degollaban.

XIX.

“En este vasto cuerpo gobernando
Cada gefe venia á los valientes
De su raza, el coraje acrecentando
Con el riesgo común de los parientes.
Del ejército entero tiene el mando
Por su valor y prendas eminentes
El rey de los Sicambros Faramundo,
Su nieto Meroveo por segundo.

XX.

“Mas Clodion, padre de este, comandaba
La fogosa y feroz caballería
Que frente á nuestros équites guardaba
El costado á la fuerte infantería.
En sus cascos de acero que sombréaba
Una pluma de buitre, parecia
Verse aquellas figuras monstruosas
Que presentan las nubes luminosas.

XXI.

“El sol de la mañana refulgente,
Saliendo de una nube colorada,
Derrama su luz clara de repente:
La tierra toda pareció inflamada
Con los rayos del casco reluciente,
Cruzados con el brillo de la espada,
La lanza y la coraza centellante
Y el escudo de acero deslumbrante.

XXII.

“Luego al ruido del bélico instrumento
Suena el canto de guerra repetido
Por cien mil combatientes, y al momento
El pecho de la rabia es poseido.
El caballo da botes de contento,
Y patea la tierra enardecido,
Sacudiendo la crin negra y erguida
Y tascando los hierros de la brida.

XXIII.

“Ya el ejército bárbaro se avanza
Con paso denodado y aire fiero.
Constancio hace la seña con su lanza;
Los escuadrones tiran del acero;
Las legiones se mueven con pujanza:
;Viva el Emperador! grita el guerrero;
Mas el Franco responde enfurecido
Con un largo y horrísono mugido.

XXIV.

“El trueno estalla menos horroroso
En las cumbres del áspero Apenino;
El Etna lanza menos hervoroso
De piedras y de fuego un torbellino;
Ni las olas del piélago espumoso
Que el huracan levanta en remolino
Baten con tanto estruendo la ribera,
Pareciendo tragar la tierra entera.

XXV.

“Los Galos se adelantan ardorosos,
Y lanzando sus dardos puntiagudos,
Corren al enemigo presurosos,
La espada en mano, al pecho los escudos.
Los Francos los reciben desdeñosos
Y repelen con fuerza y golpes rudos:
Tres veces carga el Galo denodado,
Y otras tantas es luego rechazado;

XXVI.

“Con igual valentía y mas destreza
El arquero cretense disparaba
Una nube de flechas con certeza
Que al Franco en gran manera atormentaba.
Trasportado de rabia, con fiereza,
Mirando que su sangre derramaba
Sin vengarse de golpes tan lejanos
Rompió las saetas con sus manos.

XXVII.

“En esto el escuadrón fuerte y terrible
Del Equite romano se conmueve
Y va á dar con impulso irresistible
Sobre el fiero Clodion que raudo mueve
A recibir su encuentro; el mas horrible
Combate entre los dos se traba en breve,
Rodando por el suelo en el instante
La lanza, el casco y miembro palpitante.

XXVIII.

“En tanto la falange se avanzaba
Con igual y pausado movimiento,
Rompiendo las legiones que encontraba
Sin que nada resistiera su ardimiento.
Mas la tropa con arte se apartaba
Y cambiando de frente en el momento,
Del triángulo combate los costados,
Y bien pronto los francos son cercados.

XXIX.

“Allí es luego el sonar de las espadas,
De las lanzas y escudos acerados;
Los reveses y fuertes cuchilladas,
Los tajos y mandobles redoblados;
Las manos y cabezas cercenadas;
Las corazas y yelmos abollados;
La audacia y el coraje reunidos
De cien mil combatientes encendidos.

XXX.

“Meroveo en valor sobresalía
Entre todos los bárbaros guerreros:
Sobre un inmenso carro aparecía,
Cercado de sus doce compañeros,
Llamados doce pares, que escedía
Del hombro para arriba; de tres fieros
Novillos era el carro conducido
Que infundían pavor con su bramido.

XXXI.

“La muerte y el espanto iban delante
De este nieto del viejo Faramundo,
En arrojo y valor sin semejante,
En fuerza y en destreza sin segundo.
Su carro va dejando rastro humeante:
Aquí se ve un Romano moribundo;
Allí el Galo y Germano temerosos
Van huyendo su encuentro presurosos.

XXXII.

“De heridas y de muertes ya cansado,
Meroveo en su carro contemplaba
El campo de cadáveres sembrado.
Así el leon de Libia cuando acaba
De asolar un rebaño amedrentado,
Satisfecha la sed que le aquejaba,
Se acuesta entre las tímidas ovejas,
Empapadas en sangre las guedejas.

XXXIII.

El gefe de los Galos arrogante
Le mira en esa especie de reposo
Soberbio al mismo tiempo que insultante.
Luego le desafía valeroso
A pugna singular; y en el instante,
Saltando aquel del carro poderoso,
Principian el combate mas horrendo,
Ambas huestes las armas suspendiendo.

XXXIV.

“El Galo es el primero con la espada
A dar sobre el Francés mal afirmado;
Y tirándole brava cuchillada,
Ya le ataca y le hiere en el costado,
Ya le acosa y le lleva en retirada,
Forzándole á cejar desconcertado
Hasta los mismos cuernos del novillo
Que parece defiende á su caudillo.

XXXV.

“Meroveo á su vez el angon lanza,
De dos garfios de acero, recorado,
Que silvando se clava con pujanza
En le adarga del Galo infortunado:
Luego el Franco lijero se avalanza,
Y tirando el angon á uno otro lado;
Alzando la mortífera *francisca*,
La eabeza le parte y hace trisca.

XXXVI.

Así el tronco robusto de alto roble
Al golpe de la cuña es abatido;
Así en la arena el toro fuerte y noble
De valiente lanzada cae herido.
Por un instante el Galo queda inmoble,
Sus manos levantando estremecido;
Mas despues titubea, cae en tierra
Y sus lívidos ojos luego cierra.

XXXVII.

“A esta vista los Galos pavorosos
Lanzan un alarido penetrante:
Los Francos al contrario victoriosos
Rodean á su Príncipe triunfante,
Y con vivas y aplausos clamorosos
Le alzan sobre un pavés, y en el instante
Le aclaman con sus padres juntamente
Por rey de los Sicambros por valiente.

XXXVIII.

El miedo y el espanto principiaba
A ocupar los romanos corazones;
El ardor en los Francos se aumentaba,
Y cargan con furor los escuadrones.
Constancio que de lejos observaba
El desórden que empieza en las legiones,
Una señal haciendo con su pica,
Manda avanzar á la legion *Pudica*.

XXXIX.

“Los guerreros cristianos al instante
Descienden la colina presurosos.
El invencible Victor va delante.
Los centuriones todos son gloriosos.
Confesores que llevan el semblante
De cicatrices lleno, y generosos
Van á verter la sangre que les resta,
Por aquel que en su alma les detesta.

XL.

“A la llanura apenas han bajado,
El bárbaro se siente detenido
En el curso del triunfo ya ganado.
Muchos de ellos despues me han referido
Que á su vista estallara un abrasado
Torbellino, y de blanco revestido
Vieran un caballero deslumbrante,
Broquel y lanza de oro centellante.

XLI.

“El Romano disperso se rehace
Al mirar el refuerzo que le llega,
Y otra vez la esperanza en ál renace.
La falange del Franco se replega,
Formando de broqueles el enlace
Para empezar de nuevo la refriega.
La legion un momento se detiene
Para oír lo que Víctor les previene.

XLII.

“Guerreros! les arenga, ¡que glorioso
“Para el nombre cristiano dar su vida
“Por un Príncipe augusto y victorioso!
“Jamás puede la muerte se temidar
“Del que espera por siempre ser dichoso.
“El cielo con la palma nos convida:
“Marchemos todos, pues, á la victoria
“Que nos abre el camino de la gloria.

XLIII.

“Todos hincan entonces la rodilla,
Y un Ministro de paz, formando el signo
De la cruz, les bendice, y luego brilla
En el guerrero fiel fuego divino;
E invocando á la Virgen sin mancilla,
Sin disparar el dardo, de continuo,
Alta la espada, se echan sobre el Franco,
Y rompe la falange por un flanco.

LXIV.

“Detrás de ellos entramos en seguida
Romanos, Griegos, Galos y Germanos,
Y empieza la batalla mas renida
Con golpes y combates inhumanos,
Peleando sin orden ni medida
Al modo de los héroes troyanos.
Mil grupos de guerreros se embarazan,
Se tropiezan, se chocan y rechazan

XLV.

“¡Hijas de los Sicambros, es en vano
Que preparais el bálsamo á la herida
Pues no podrá curarla vuestra mano
Aquí muere uno al golpe de la buid
Espada ó jabalina del Romano;
Allí siente otro huirle la querida
Imágen de la patria, traspasada
La entraña de mortífera lanzada.

XLVI.

“Este siente el palacio y la riqueza
Que con inmenso afan ha reunido;
Aquel echa de menos la pobreza
Y la infeliz cabaña en que ha nacido.
Aquí muere un pagano con fiereza,
Del César blasfemando enfurecido;
Allí espira un cristiano con reposo,
Rogando por el César fervoroso.

XLVII.

“Y vos, jóvenes Francos, par valiente,
No pasaré en silencio el heroismo,
De la fina amistad y amor ardiente
Que para ponderarlo no hay guarismo.
De una cadena atados juntamente
Por vencer ó morir á un tiempo mismo,
Yo os viera caer y morir juntos,
Amigos siendo, siendo ya difuntos.

XLVIII.

“Entretanto los brazos fatigados
Repetian los golpes temerosos
Con el riesgo ó la cólera esforzados.
La sangre corre en rios caudalosos;
Los heridos y muertos son mezclados;
Suena el aire con gritos lastimosos:
Mas la noche al fin viene con su manto
A mitigar tal rabia y furor tanto.